

XVIII ENCONTRO NACIONAL DE PESQUISA EM CIÊNCIA DA INFORMAÇÃO – ENANCIB 2017

TODO EN PEDAZOS. REFLEXIONES SOBRE DESCLASIFICACIÓN Y COMPLEJIDAD¹

Antonio García Gutiérrez

Universidad de Sevilla

España

1 INTRODUCCIÓN

Se atribuye a Niels Bohr, premio Nóbel de Física en 1922 y uno de los padres de la mecánica cuántica, el siguiente comentario: “usted no piensa, usted solo usa la lógica”. Para esta exposición, voy a pedirles abandonar provisionalmente nuestra lógica inflexible y convidarlos a pensar juntos nuevos escenarios de complejidad y desclasificación interferidos por ingobernables transgresiones conceptuales que, no solo configuran nuestro pensamiento teórico o nuestras prácticas en CI sino, de modo inseparable, nuestra vida cotidiana. La desclasificación contribuye, justamente, a pensar el mundo sin las restricciones de la lógica convencional, de ahí, por ejemplo, su interés por impugnarla y recuperar el valor de la retórica y de la contradicción.

Por otra parte, tras la catástrofe nuclear de Chernóbil, en 1986, el entonces presidente soviético Mijail Gorbachov - obligado por la perestroika- sentenciaba: “hay que detener el progreso”. Ante esta declaración, desde nuestro campo deberíamos hacernos dos preguntas inmediatas: 1ª ¿hay alguna especialización profesional o académica más consciente y relacionada con los asuntos de la clasificación que la CI? y 2ª ¿qué relación existe entre la lógica de la clasificación y un determinado tipo de conocimiento construido por y para esa forma de progresar?

Todos contribuimos a desarrollar y expandir razones predestinadas por una lógica dicotómica (mediante oposiciones), jerárquica (subordinaciones), metonímica (particiones). Tal vez practicar pensamientos no contrarios sino alternativos, como el desclasificado, no solo sea, entonces, nuestro particular privilegio sino, también, nuestra principal responsabilidad.

En ese caso, nos espera un debate urgente: clarificar la orientación de ciertas teorías y prácticas de clasificación en relación a modos no deseables de progreso para reconducirlo (en

XVIII ENCONTRO NACIONAL DE PESQUISA EM CIÊNCIA DA INFORMAÇÃO – ENANCIB 2017
23 a 27 de outubro de 2017 – Marília – SP

términos poscoloniales) no a un “otro progreso” sino a un “progreso-otro”, singularmente en lo que afecta al mundo simbólico. Y averiguar, desde una posición reflexiva y autocrítica, qué podemos hacer por la emancipación de nuestros clasificados (ellos, también, clasificadores).

Particularmente, pienso que nuestro campo debería renunciar a su aparente neutralidad y objetivismo y adoptar, explícitamente, posiciones de compromiso político, ecológico, social, cosmopolita, posnacional. Porque, extrapolando el *dictum* de Martín Barbero, “en los estudios sobre información hay que decidir de qué lado se está” (y en desclasificación, en mi opinión, ese lado es el librepensamiento).

Uno de los mecanismos que de modo creciente infiltra el acto clasificatorio, es la regulación. Naturalmente, algunas normas son necesarias, igual que beber o comer, pero la sobrerregulación como la sobrealimentación, produce serios daños. Un mundo hipernómico, como el sufrido en las sociedades occidentales, no tiene condiciones para ser un mundo libre.

Mas la burocracia entra en la “normalidad” de nuestra lógica. Se trata de una racionalización en aras de una eficiencia autocomplaciente. En España, por ej., hay en este momento más de 150.000 normas oficiales, sin contar empresas, universidades, revistas, congresos, etc. Todos tenemos que cumplir alguna norma, en todo momento. No hay actividad que no esté regulada o sancionada. Y la burocracia es la ideología de la regulación. Una ideología sin ideología y, por eso, transversal, aparentemente neutral. Fue tan útil a la Alemania nazi como a la Unión Soviética, a los organismos internacionales como al capitalismo y academicismo globales. La burocracia es regular y, regular, es clasificar ¿qué umbral burocrático sería tolerable para la CI?

Al extirpar de raíz la complejidad humana de la producción de conocimiento, y librarse de la Inquisición, el propio Descartes legaba la duda (de la que no dudó, según Vilém Flusser) a todas las generaciones futuras de investigadores, condenándolas a la verdad única, a la objetividad, a la medición, a la erradicación de ideología, de emociones y pulsiones. Justamente estas mutilaciones del psiquismo convierten el trabajo con las taxonomías en taxidermias, las clases y categorías se encierran en sarcófagos conceptuales, el librepensamiento capitula ante indicadores no neutrales como calidad, impacto, eficiencia, y la pluralidad de los mundos simbólicos se extingue.

Tras trabajar, aproximadamente 30 años, desarrollando proyectos clasificatorios bajo los dictados del paradigma tecnodigital, el exceso de rigor y definición a que conduce la endogamia conceptual me hizo desconfiar gradualmente de nociones incuestionables, de

automatismos invisibles, de prejuicios y aproximarme a las contradicciones, ambigüedades y otros recursos proscritos por la lógica hegemónica. Y, de ese malestar freudiano, usado como un detonante prestado del pensamiento complejo, fue relativamente fácil dar el salto posepistemológico al vacío atrayente, aunque más terrenal, de la desclasificación.

Fue, por tanto, una tarea prioritaria pensarme pensando y repensar toda mi relación, con mi objeto de estudio, en el marco conceptual indisociable de la cultura, el lenguaje, la identidad, la memoria, el imaginario, la experiencia, la racionalidad, la tecnología, en resumen, el mundo, desde una óptica desclasificada, por lo que uno de mis primeros objetivos consistió en recuperar varias herramientas generales que convidan al “pluralismo lógico”: 1º) la autocrítica: no puede haber ética crítica sin una previa e incondicional autocrítica, 2º) regreso de lo político al pensamiento y 3º) rehabilitación de recursos desterrados por la epistemología, especialmente la contradicción.

Una posible vía para pesquisar la desclasificación consiste en localizar y aprender de la diferencia cultural que no se haya convertido ya en un simulacro para turistas (Mursi). Ciertas culturas aún disponen de cosmovisiones que debiéramos estudiar sin ser intervenidas, para “reconducir” nuestra propia decadencia en lugar de continuar exportándola.

Se trata de cosmovisiones distantes y a veces intraducibles en términos de racionalidad occidental. Pero de la intraducibilidad, del contraste, del contacto emocional, también se extraen materiales altamente valiosos para el proyecto desclasificador. En este texto he centrado mi curiosidad por una cultura maya durante un sabático pasado en México. (Mas Brasil cuenta con un incalculable tesoro gnoseológico que aprovechar, sin interferir en su auto evolución).

Para pensar desclasificadamente, es necesario suspender los fundamentos de lo podríamos llamar “episteme trinitaria”, tres hipótesis que determinan el pensamiento clasificado (remitiendo a recientes trabajos en la que se justifica):

- 1 suspensión de la supremacía de la razón consistente, producto de un determinado conocimiento hegemónico que tiene, al fin y al cabo, como todo poder, numerosas líneas de fuga. Se trata de operar con una racionalidad imperfecta (como Ulises), con una razón que se sabe débil.
- 2 suspensión de la concepción de una realidad decible y controlable, reconfigurando el rol contradictorio de categorías y conceptos cerrados que intentan capturarla

- cuando, en verdad, la mediación y los meta conceptos nos distancian más de ella;
- 3 suspensión de la verdad, eliminándola como hipótesis de los horizontes desclasificados y relegándola a su marco real de bieses, autoengaños y contradicciones. La verdad solo podría ser verdadera si tiene posibilidades de ser refutada para convertirse en error o falsedad.

2 PRISIONEROS DE LA CLASIFICACIÓN Y FUGA DESCLASIFICADA

Aunque muchos no lo sabrán nunca y una minoría despótica les prive de recursos metacognitivos para librarse de ella, somos prisioneros de una clasificación adquirida que nos sujeta a lo largo de la vida. Prisioneros de lugares, de tiempos, de identidades y tradiciones, de denominaciones, de agendas, alarmas, indicadores, tecnologías y de otros múltiples hábitos y objetos. Por ejemplo, la mayoría afirma, selecciona, decide, juzga, discrimina, clasifica a partir de una concepción de frontera nacional, de un implacable gentilicio o, también, desde cualquier prepotencia racial, patriarcal, de clase, desde una sutil elitización constante e inconsciente, todo ello incompatible con la auténtica racionalidad reclamada, y muy próxima a conscientes o inconscientes actos de totalitarismo. El problema no es la racionalidad imperfecta, sino la falta de reconocimiento de una (felizmente) absoluta imperfección.

Reproducimos una clasificación organizada sobre lógica totalista y, por tanto, totalitaria, que diseminan todas las instituciones sociales y nosotros mismos imponemos en nuestro entorno a través de una intersubjetividad acrítica. Desde un punto de vista paraconsistente, somos prisioneros de todas esas instancias citadas, pero, a la vez, no lo somos, porque no guardamos una relación epidérmica, física, directa, con ellas, sino con el conjunto clasificado de sus representaciones.

En consecuencia, serían los efectos de las relaciones y subordinaciones que producen los conceptos, los símbolos, los discursos, las mediaciones, esto es, su clasificación de facto, más que unos simples objetos que, en sí mismos -o desprovistos de una especie de “enganche hipnótico”- resultarían insulsos, indiferentes o inofensivos para otras miradas, lo que verdaderamente concierne a las estrategias desclasificadas. Y ese “gancho hipnótico” acontece en unos cerebros dotados por la evolución de tan alta capacidad conceptual y simbólica, que llega a ser confundida con la lucidez.

Estamos clasificados y adiestrados por la civilización para clasificar, en su exclusivo

XVIII ENCONTRO NACIONAL DE PESQUISA EM CIÊNCIA DA INFORMAÇÃO – ENANCIB 2017
23 a 27 de outubro de 2017 – Marília – SP

interés, cualquier artefacto, individuo, comportamiento, mundo conocido o imaginario, presente, pasado o futuro, macro o micro, material o inmaterial. Pero la clasificación, cualquiera que sea su motor inicial, no proviene de la realidad, sino de una poderosa pulsión simbólica ávida de colonización conceptual, de categorización, de control y jerarquía que se dirige en el espacio de las representaciones, más con efecto en todos los demás espacios. De ahí que la representación sea un objetivo de las estrategias paralógicas y retóricas con las que opera la desclasificación.

Sumisamente incorporamos millares de señales de prescripción y proscripción, mitológicas o racionales, que se solapan y acumulan secularmente y que el poder simbólico puso ahí sin haber sido nunca superadas, suficientemente, en ningún proceso revolucionario (Holloway).

Mas nuestro sistema hiperregulado ya no entrega su “ostracón” a nadie. Por el contrario, ha readaptado y dulcificado sus técnicas totalitarias de adhesión sustituyendo el vasallaje obligatorio por la adicción o una fidelización (esto es, esclavización) que anulan o pervierten la autocrítica. De facto, somos adictos a clasificar. Incluso somos los únicos seres conocidos adictos a la adicción.

Vivimos confinados en recintos conceptuales, sin muros ni puertas, de los que, como en *El Ángel exterminador* de Luis Buñuel, no sabemos o no osamos salir. Como solía repetir H. Maturana: “el problema es que no vemos que no vemos”. Y lo que precisamente no vemos, es la fuerza gravitatoria de la clasificación que nos insta a la permanencia -contradictoria- en un entorno de formas inestables y volátiles, que solo podemos asumir por efecto de la disonancia cerebral, frente al proceso de reflexividad y fluctuación orbital al que nos invita la desclasificación.

Desclasificar no se opone a clasificar. Lo contrario de clasificar es no-clasificar y la desclasificación implica reclasificación. No rechaza, entonces, la jerarquía o las dicotomías, sino que las considera y utiliza, simplemente, como formas no preferentes de organización restituyendo, a cambio, recursos negados como la contradicción, la alterización, la polisemia o un conjunto de estrategias paralógicas (que no podré desarrollar aquí) en procura de un ideal de librepensamiento.

Los conceptos y las normas que adquirimos desde la infancia son recursos clasificados que trasladan no solo significados o reglas sino “un orden” jerárquico que es, también, “una orden”: organización y mandato serían simples sinónimos en lo que respecta a la clasificación.

XVIII ENCONTRO NACIONAL DE PESQUISA EM CIÊNCIA DA INFORMAÇÃO – ENANCIB 2017
23 a 27 de outubro de 2017 – Marília – SP

Contraemos un compromiso de obediencia, hacia lo instituido, bien antes de saber hablar.

Las estrategias desclasificadoras más rudimentarias consistirían en forzar las subjetividades, identidades, autorreferencias, conceptos, dicotomías, jerarquías, asociaciones y otros automatismos hasta sus límites, dentro de los cuales erigen sus imperios los dogmas y paradigmas, como espejos de sus propias contradicciones inherentes.

Ante la difamación secular de la epistemología, la contradicción siempre sería un poderoso recurso hermenéutico para la desclasificación, y no una adversaria molesta o evitable, como suele ser considerada. Mi fascinación cotidiana, de facto, reside en contemplar cómo los seres racionales creemos avanzar, con absoluta normalidad y consistencia, entre inexplicables paradojas.

Incluso conceptos que sostienen el horizonte irrenunciable de la desclasificación, como libertad o democracia, también son portadores de fructíferas contradicciones: el filósofo Jesús Mosterín demostraba, por ejemplo, que la democracia es contradictoria, por cuanto el dictado de las mayorías se impone sobre los deseos y libertades de las minorías. ¡Claro, en eso consiste precisamente la democracia! afirmaríamos muchos de nosotros en primera instancia!

Es cierto, y sin embargo estamos ante una seria paradoja democrática. Por ejemplo: hace unos años, en Croacia (siendo ya país miembro de la UE), se llevó a referéndum la legalización del matrimonio homosexual. Esta propuesta fue “democráticamente” derrotada. Una aplastante mayoría católica croata impuso su prohibición sobre los derechos y libertades de la minoría homosexual del país. Sería como prohibir, por mayoría, ser negro o blanco, si me permiten el fácil ejemplo, en un territorio. Una democracia que transpira lógica de apartheid.

Por otra parte, los procesos de emancipación, como el desclasificado, se inician en un malestar, más las reivindicaciones suelen ser sectoriales: el feminismo lucha para emancipar a la mujer, el marxismo a los proletarios, el abolicionismo a los esclavos, el movimiento LGTBI a los sexualmente marginados, el laicismo a los creyentes. Tales movilizaciones representan un interesante avance desclasificador, pero de orden parcial: ¿quién reclamaría el fin general de la opresión sin pensar en un colectivo específico? Cualquier reivindicación sectorial debería pensarse en el marco de una desclasificación cuya intención fuera emanciparnos de la lógica general que impulsa la dominación en todos los sectores.

Atacando el núcleo central del problema, se obtendrían numerosas emancipaciones parciales sin el desgaste de múltiples luchas descoordinadas y particulares. Pensar en un solo colectivo para su exclusiva liberación podría estar ocultando, involuntariamente, viejas

prácticas clasificatorias.

Se trata, por tanto, de reinventar estrategias autocríticas, descolonizadoras, flexibles, plurales, revisables, esto es, desclasificadas. Y esa posibilidad nos llega, con frecuencia, de la localización de recursos en culturas que la occidentalidad ignora o considera subalternas.

3 LA CULTURA DEL XET'AN

El episodio que voy a contarles es deudor de una expedición personal a la cosmovisión maya tojolabal al encontrarme, por casualidad, un rico material pre-epistemológico, el *xet'an*. No es un mineral, sino una noción de la cultura tojolabal sobre la que apliqué el consejo que, G. Steiner, lanzaba en *El Castillo de Barba Azul* cuando proponía, a nuestra autodestructiva y decadente poscultura, “aprender de las culturas originarias, desidealizándolas”.

Complementando otros estudios llevados previamente, sin ánimo etnográfico alguno pero siempre tras la huella del pluralismo lógico, en las sabanas al sur del Orinoco en 2006, en comunidades berber enterradas en los *foum* marroquíes (2009-2013) y particularmente en 2016, en un estadía en el Mayab mexicano (con objeto de estudiar el impacto de los dispositivos digitales en su cosmovisión), me atrajo la poderosa “diferencia” que encarna el pueblo tzotzil y, muy especialmente, la lógica del mundo tojolabal.

Me centraré tan solo en un detalle aparentemente menor de esa cultura, la noción de *xet'an*, “pedazo”, la traducción más próxima a nuestro concepto de “parte”, una simple palabra que incorpora y proyecta toda su cosmovisión y que, como veremos, nos ayuda a cuestionar los fundamentos de nuestras formas de relación con el mundo. Comenzaré contextualizando esta cultura, con apoyo en la excelente etnografía de C. Lenkersdorf.

La etnia tojolabal está conformada por unas 55.000 personas dispersas al sur de Chiapas en México, procedentes originariamente de Guatemala. La preservación de su cultura fue objeto de atención especial para el movimiento zapatista, muchos de cuyos responsables son tojolabales.

El antropólogo alemán C. Lenkersdorf permaneció en Chiapas durante más de 20 años, trabajando con una comunidad “nosótrica” tojolabal. En la lengua ergativa tojolabal (una de las 42 lenguas mayas vivas) ni siquiera existe un pronombre personal equivalente literal al “yo”² individualista occidental. Advierte Lenkersdorf: “la importancia del nosotros excluye el énfasis en el individuo, en particular en el ego (...). El nosotros absorbe al individuo y requiere su incorporación al grupo “nosótrica”. El conocimiento de cada sujeto sería resultado de una

proyección comunitaria, desde y para la comunidad.

En tanto la tradición occidental auspició el ser y la unidad protegidos mediante principios lógicos y dicotómicos, en otras cosmovisiones el sentido reside en parámetros diferentes como lo colectivo y la continuidad. Dice Lenkersdorf: “filosofar en clave tojolabal se estructura conforme a los principios organizativos de la pluralidad, de la diversidad y de la complementariedad (...) En las relaciones sociales nadie trata de destacarse sobre los demás, sino que busca la mejor manera de ser útil a los demás. De ahí, los juicios negativos: *jel niwan wa xya'a sb'aj* (él se hace muy grande) o *jel stoyo sb'aj* (presume mucho). Una sabiduría que conduce a la complementariedad y viceversa”.

Como se evidencia, esta milenaria cultura no solo podría correlacionarse o incluso inspirar el pensamiento complejo, el pluralismo lógico, la teoría poscolonial o la propia desclasificación, sino también contribuir con valiosas aportaciones autocríticas a “nuestro” enloquecido, burocrático, individualista e hiperclasificado mundo sin dañar las conquistas sociales o el pensamiento crítico que hizo posible la mejor tradición occidental.

Al igual que a nuestro individualismo le sería muy difícil pensar “nosótricamente”, o interaccionar dialógicamente con animales, objetos y naturaleza atribuyéndoles un mismo valor existencial, los tojolabales lo hacen cotidianamente y como colectivo indivisible al que pertenecen desde el mismo nacimiento. La comunidad en pleno se ocupa, por ejemplo, de los recién nacidos y se considera al sujeto aislado como un pedazo del colectivo, un fragmento sin sentido.

La invocación permanente del nosotros “tik” impregna todos los aspectos de la vida tojolabal: la educación, la organización social, la propiedad, la producción, la vivienda, las relaciones o la justicia: si, por ejemplo, un joven tojolabal roba una vaca en una aldea próxima, no se impondría un castigo personal al culpable, y mucho menos el encarcelamiento, pues la justicia nosótrica no es punitiva, y se tomarían medidas correctivas y de reinserción para que el ladrón se rehabilitara cuanto antes y continuara contribuyendo a la comunidad. Sobre este episodio, nos aclara Lenkersdorf: “en español decimos, por ejemplo, “uno de nosotros cometió un delito”. En tojolabal se diría: “uno de nosotros cometimos un delito””. Como se aprecia, no es solo una cuestión gramatical sino de diferencia epistémica.

Prácticas comunes de nuestra lógica académica no tendrían sentido en la vida tojolabal. Ilustremos el aspecto educativo con una última escena etnográfica:

En una ocasión, un grupo de jóvenes tojolabales solicitó al propio Carlos Lenkersdorf

tener la experiencia de un examen, pues sabían que era habitual en las escuelas y universidades mexicanas. Tras un primer momento de perplejidad, Carlos accedió. Repartió papel, dictó una pregunta y estableció un tiempo. Inmediatamente, los tojolabales hicieron una melé mientras se increpaban y gritaban y, tras unos minutos, presentaron una solución. Al comentarles Lenkersdorf que realmente no habían hecho un examen, puesto que en estos no se habla y se hacen individualmente para que el profesor pueda calificarlos, los jóvenes se quedaron sorprendidos de que ya conociera previamente la solución y del hecho de ser separados puesto que varias cabezas piensan mejor que una.

Desde esa lógica resulta absurdo, y en mi opinión también en la nuestra, potenciar la calificación individual, el micromérito o el nonsense de la publicación constante y competitiva que exigen plataformas insaciables como JCR, SCOPUS o Lattes, dando como resultado un conocimiento repetitivo y saturado más que innovador. Anomalías de la normalidad.

Una vez contextualizada la cosmovisión tojolabal, regresemos al pequeño descubrimiento que motivó este texto, la peculiar concepción todo/parte vigente en esa cultura y la imposibilidad de derivar de ella multitud de dicotomías y jerarquías.

En el monumental diccionario español/tojolabal, de casi 2000 páginas -compilado por el mismo Lenkersdorf- encontramos la traducción de *xet'an*: pedazo. El lexema *xe-* configura todo un campo semántico que invita a pensar las partes como pedazos. Cada parte se entiende como componente de un todo. El pedazo/*xet'an*, en cambio, es la parte de un todo destruido, despedazado, como los fragmentos de una cerámica o cristal al caer al suelo. De las partes componemos un todo. Mas de los pedazos no se compone el todo, porque está despedazado.

Para verificar los usos del sentido casual, espontáneo, natural, del *xet'an* en relación a la noción de parte, mostraré a continuación, de forma resumida, la semántica de varias voces tojolabales que constituyen un conjunto filtrado por su cosmovisión (traducido a portugués): Pedazo de cristal: *xet'an*. Desgarro: *xet*. Despedazado: *xet'an*. Su hacienda fue dividida: *Kan xet'an ja spinka'i*. Destrozar, fraccionar, fragmentar: *xet'a*. Mellado (cuchillo): *xet'i*. Migaja: *xet'ila*. Partícula: *xe'n k'umal*. Partido: *xet'a*. Patiabierto: *xet'a wawoki*. Pieza: *xe'n*. Retal: *kan xet'an*. Quebrar: *xet'a*. Sector, segmento, trecho: *xet'an*. Desmenuzar, trocear: *xet'a*. Incluso zancada: *niwan xete*.

Como se observa, la palabra parte es una acepción minimizada en el campo semántico que cubre *xet'an*: pedazo, desgarró, fracción, migaja...Apenas se usará “parte” por exigencias de la lógica y leyes coloniales de división y reparto de tierras. Esto sugiere, también en virtud

de la cosmovisión nosótrica, que el tojolabal solo ve pedazos donde nosotros vemos partes. Que ellos consideran fracturado, quebrado, lo que nosotros consideramos racional y asépticamente dividido. La pregunta, entonces, sería: ¿qué todo, qué mundo, qué explicación, qué verdad universal, qué clasificación pueden sustentarse en desgarros y pedazos tomados como partes, por más que nos seduzcan sus hermosas simetrías, sus perfectas líneas divisorias?

Puesto que en lengua tojolabal no se emplea el concepto de parte, tampoco sería posible conocer el todo mediante el análisis de las partes. No puede clasificarse el todo en partes, ni pensarse el todo desde partes que solo se entienden como pedazos. Su aproximación es holística, integral y no analítica, ni disyuntora, ni fragmentaria. También son propuestas de la complejidad.

¿Por qué, entonces, nosotros vemos/quebramos con normalidad partes donde tal vez solo hay pedazos? Posiblemente, a causa de una razón analítica regida por la “pulsión simbólica” que consiguió evidentes conquistas parciales y provisionales en todos los órdenes del conocimiento. Mediante una epistemología basada en afiladas tecnologías del corte, en sofisticadas técnicas de lavado y purificación nocional, en la invención de conceptos solo autorizados por el esencialismo.

Así, la razón particionista utiliza su peculiar mecanismo de coherencia, consistencia y clausura de explicaciones, argumentos, modelos y teorías a pesar de las evidentes lagunas y abismos interconceptuales entre hostiles e inconexos pedazos, solo manipulables porque han sido travestidos en armónicos y sumisos conceptos por un preciso bisturí. Solo gracias a esa mediación conceptual es posible la percepción del mundo en pedazos que llamamos partes y la edificación en los pedazos mayores o superiores denominados todos. Nuestra osadía epistemológica es ilimitada. Vivimos ajenos a riquísimas reservas de diferencia simbólica cegadas por la clasificación.

La influencia que una modesta voz tojolabal, *xet'an*, tiene sobre la desclasificación es determinante: esas partes inmutables de las instancias que nos constituyen no están dadas, ni son únicas, ni naturales, ni permanentes. Y la mayoría de ellas representa cosas que nunca podrán tener nombre. Que no podrán ser conservadas más que en cofres sin fondo en los que un orden nuestro solo sería posible en apariencia o simulacro.

En nuestra lógica, la parte implica fracción, simetría, organización, estabilidad, equidistancia, elegancia, previsibilidad, a conveniencia del órgano subordinador. El pedazo,

sin embargo, es irregular, inestable, imprevisible, desproporcionado, anárquico, disonante, salvaje, molesto, feo. Los antropólogos, militares y sacerdotes occidentales, partes uniformadas y legitimadas de una sociedad ordenada y triunfante, reconfiguraron los pedazos de los subalternos mediante el canon colonial. La descripción y clasificación de razas y culturas, vivas o extinguidas, es otra *masterpiece* de la taxonomía grotesca.

El hecho de que las partes nunca podrían ser representaciones naturales ni plurales, sino artificios de un determinado logicismo, sugiere varias conclusiones provisionales:

- 1 la representatividad de las partes es escasa, nula o falsa apenas salimos de la lógica gravitatoria de un sistema nocional,
- 2 describir el mundo en armónicas partes nos distancia mucho más de este que considerar redescrpciones pensando en toscos pedazos,
- 3 apenas dividimos en partes y clases, se abren paso procesos de sutura, de hibridación y transgénero, esto es, la anulación inmediata de la disyunción dado el principio evolutivo de acoplamiento estructural (Maturana), y
- 4 hablamos de los todos solo porque hablamos de las partes. La desclasificación opera fuera del principio de no contradicción, de modo que -como veremos- los todos son también no-todos, esto es, son partes, instancias subordinantes y al mismo tiempo subordinadas.

De ahí que, para el desclasificador autocrítico, sean urgentes dos operaciones metacognitivas: por un lado, una demolición ontológica que elimine las fronteras entre conceptos, entre conocimientos, entre seres y colectivos humanos y, por otro, una subversión epistemológica que abra nuestra rígida arquitectura a procesos de intercambio y fuga en el marco de una “lógica (y un placer) de la diferencia”. Veamos muy brevemente, ahora, algunos despedazamientos habituales:

a) El espacio en pedazos

Conocemos el espacio, por ejemplo, por su división en países, estados, regiones, ciudades, distritos, desmembramientos amparados por lo que podríamos llamar la “eficiencia disyuntora del gentilicio”. La lógica ancestral de división y distribución del espacio, según cada “normalidad” cultural, ha sido reclasificada por la “normalidad” de la geopolítica, y su gestión de gentilicios, y del capitalismo global.

Las fronteras, y no sabemos pensar sin ellas, siempre fueron fruto de la violencia, del reparto o de la ambición racionalizada con efectos directos sobre las emociones e identidades.

El primer efecto destacable de la territorialidad es la dicotomía xenófoba nosotros/ellos. El objetivo de la desclasificación, respecto las fronteras, solo podría ser anular la agresividad cortante de su filo.

La construcción de las naciones modernas hegemónicas se edificó sobre la demolición de millares de culturas antiguas. Muchas de esas culturas nos dejaron hermosas ruinas, pero, como sentencia Marc Augé, nuestra civilización apenas dejará escombros (materiales y simbólicos).

La cuantificación, medición, apropiación y demarcación del espacio expropiado se convirtieron gradualmente en operaciones racionales, protegidas, legalizadas, aceptadas por las sociedades a través de geosímbolos.

Los geosímbolos naturales (como volcanes, ríos, lagos) fueron gradualmente sustituidos por geosímbolos culturales, religiosos y nacionales (castillos, puentes, templos). A partir del siglo XX, los geosímbolos culturales comenzaron a ser solapados por símbolos comerciales, que llamaremos mercasímbolos (por ej. la banderolas y vallas de McDonalds, Carrefour, Ford), hasta la práctica sustitución del valor simbólico de unos y otros. Mercasímbolos que nos orientan (o mejor, según Baitello, “nos occidentan”) y son omnipresentes en las nuevas armas imperiales: los dispositivos digitales.

b) El tiempo en pedazos

¿No podríamos describir el sentido del tiempo (que es tal vez la clave del sentido mismo) en términos de experiencia desclasificada (al menos nuestro “tiempo libre”, el “ritmo interior”) en vez de entregarlo a los designios de una clasificación numérica y global que lo despedaza y distorsiona? Tal vez, la mayor intensidad del placer podría representar la unidad mínima de sentir el tiempo y la mayor intensidad del dolor su unidad máxima, superando a la más precisa relojería. El espacio, el parentesco, la comunicación, la proxemia o la tecnología siempre fueron rasgos fundamentales de la diferencia. Pero nada, como la lógica del tiempo, le da tanto sentido.

Cada cultura necesita su propia clasificación de la temporalidad (y por eso el tiempo siempre se utilizó como instrumento de sometimiento y colonización). Habitualmente desprendido de antiguas lecturas mitológicas e inherente a costumbres y cosmovisiones, determina la comprensión del mundo que tienen los sujetos, la percepción de la memoria y las formas del olvido, la proyección de sus sueños y expectativas, el sentido de la soledad, de la paciencia, de cada gesto íntimo en la vida cotidiana, ahora expropiados por la

instantaneidad de la transcultura digital.

Los grandes proyectos civilizatorios, chino, maya, azteca, judío, hinduista, islámico... y miles de pequeños asentamientos culturales, erigieron pautas muy distintas para expresar el tiempo, aunque terminaron por rendirse al calendario occidental, como moneda de cambio global, al igual que a sus electrodomésticos con temporizadores.

El pasado, nuestro o ajeno (al igual que el espacio físico), fue clasificado por los historiadores del poder y recibió denominaciones unívocas que lo fijan a una resemantización contemporánea (edad de piedra, baja edad media, posclásico, edad moderna, día de la victoria, guerra fría...). Boyas y faroles del poder y otras muchas marcas temporales, situadas por la civilización hegemónica, no solo clasifican la totalidad del pasado de los otros (de su historia), privando de interpretación propia a sus auténticos herederos, sino también del pasado recordado (la memoria viva) hurtándole, así, plena libertad de autonarración.

También, como en el caso del espacio, el tiempo fue simbolizado. Los cronosímbolos naturales (la salida y puesta de sol, el mediodía, las mareas y fases lunares, los solsticios) fueron gradualmente sustituidos y, sus sustitutos monumentalizados, por cronosímbolos culturales: aniversarios, onomásticas, fechas de acontecimientos imperiales, nacionales o locales, festividades y conmemoraciones.

La simbolización temporal de la cultura sufrirá, no obstante, a lo largo del siglo XX, un impacto mercantilista similar al espacio, fusionándose con los mercasímbolos (saldos de invierno o de verano, día del padre, de la madre, del difunto, del amor, del patrón local, de la bicicleta...).

La imposición de un solo sentido global del tiempo es el más sutil y férreo corsé que contamina la diversidad cultural. La hiperdivisión creciente de la temporalidad, la paranoia sincronista, su enfática hipervisibilidad, no supone más que la descomposición del sentido en un tiempo coercitivo incompatible con la vida plena, un sentido que la desclasificación liberaría del yugo cronográfico, introduciendo destiempos, anacronías, arritmias, momentizaciones, periodizaciones, al menos en la extensa temporalidad interior que no precisa sincronía.

c) El mundo en pedazos

Los despedazamientos que hemos esbozado en el espacio y en el tiempo, son resultado de una determinada forma de concebir el mundo que, recursivamente, elabora categorías para configurarlo. Para no entrar en la larga serie de despedazamientos producto de la

XVIII ENCONTRO NACIONAL DE PESQUISA EM CIÊNCIA DA INFORMAÇÃO – ENANCIB 2017
23 a 27 de outubro de 2017 – Marília – SP

separación de conceptos inseparables como conocimiento, lenguaje, cultura, identidad, memoria o imaginario, les invito a pensarlos como “el mundo”, categoría sintética de los conceptos que configuran el sentido.

Nuestra forma de conocer, por ej., se basa en un sistema de clasificación que organiza fragmentando: mediante maquinarias que desfiguran la naturaleza; instituciones universitarias que separan y fragmentan competencias; redes digitales que atomizan y dispersan la cultura en micropertenencias; políticas que nos dividen en nacionales, extranjeros, migrantes legales o ilegales; ideologías que inventan al otro en tanto persiguen la diferencia; tiralíneas metropolitanos que determinaron la re-partición histórica del planeta; invención de un individuo exclusivo cuyo modelo nunca tuvo tantas copias... Todo lo que hay en este pequeño listado indicativo, y todo lo que podamos pensar, imaginar y soñar (y hasta el modo de hacerlo), es producto de una forma única de elaborar y clasificar el mundo que no tolera alternativas.

El conocimiento hiperespecializado solo progresa hacia dentro, apartándose de otros conocimientos especializados (hecho facilitado por los muros de hormigón de facultades y laboratorios), y se difunde en sus propios congresos, revistas y clubes de feligreses. El desinterés y la indiferencia por otros campos, y no solo de los considerados distantes sino de muchos afines, se acrecienta si se trata de otros modos de pensar y crear conocimiento, juzgándose subalterno y desacreditado el conocimiento que brota fuera de los jardines de la academia, aunque hayan sido probados sus beneficios durante siglos.

La civilización numerizada sustituye el sentido espontáneo e íntimo de la cultura. Smartphones y otros muchos dispositivos numerizan las percepciones difusas, intuiciones y emociones, anulándolas al transformarlas en datos: número de calorías, pulsaciones, ritmo cardíaco, ondas cerebrales, pasos dados y km recorridos, la hora, número de fotos o mensajes, grados de temperatura, informe sobre el estado de ánimo, contribuyendo a una autopercepción ya poshumana.

La medición somática, textual, espacial, etc. viene reforzada, además, por la incesante cuantificación de nuestro entorno: tasa de desempleo, número de inmigrantes, de víctimas, de turistas, de autos por minuto, de precios, índice de la bolsa, cambio de divisas, de la que nos advierten sin parar, tuits, sms, alarmas y alertas recibidos durante las 24 horas en dispositivos digitales, próximamente adosados o injertados mediante *microchips* y *wearables*.

Como un anatomista despedaza con precisión los cuerpos (cabeza, brazos, corazón...)

los sujetos troceamos el mundo mediante un lenguaje (categorías y conceptos cerrados) en creciente conversión digital y numérica. Mas ¿cómo dividir o contar los nervios, la piel, la risa, el miedo, la esperanza? ¿cómo escindir lo contable de lo incontable, lo material de lo inmaterial, sino mediante el despedazamiento a manos de una abstrusa razón suprema?

Además de haber explicitado y confinado el mundo en un sistema de nociones cerradas y numerizadas, el pensamiento lo organiza y reproduce en torno a “noosímbolos”. Un sistema unificante de indicadores proporcionado por la cultura, el lenguaje o el conocimiento, operando de modo colaborativo con los geos y cronosímbolos.

Así, multitud de noosímbolos como proverbios, refranes, canciones, lexías, tópicos y estereotipos, analogías, mitos y todo un ejército de tópoi, de lugares comunes y automatismos, se sitúan acechando en lugares estratégicos del pensamiento o de la comunicación, controlando el sistema en torno a una clasificación más simple a la vez que más global. Incluso un alfabeto de simpáticos emoticons amarillos contribuye a la colonización masiva de las emociones.

Y, ya, cinco conclusiones y una exhortación:

A pesar de lo expuesto, el pensamiento metonímico, dicotómico, clasificado, funciona, tiene éxito (como el capitalismo salvaje). Evidentemente, una victoria determinada por los indicadores nunca neutrales de la epistemocracia. Los argumentos anteriores nos permiten realizar varias sugerencias:

- 1 Podemos diseñar constructos materiales o simbólicos (como una clasificación, por ejemplo) mediante estrategias partitivas o clasivas, pero con ellas solo accederemos a un mundo endogámico, dictado por un canon reductor que predestina cualquier proceso inferencial.
- 2 El pensamiento totalitario procede de partes inmutables subordinadas a todos inmutables en la inmutable lógica profunda de una jerarquía. Una clasificación que no acepte su contradicción inherente llevaría a conocimiento involutivo, a perdernos en el desconocimiento.
- 3 La desclasificación propone pensar, en virtud de la estrategia de extensión ontológica, en “todos que son siempre también partes” y en “partes que son siempre también todos”, esto es, pensar en la provisionalidad, arbitrariedad, revisibilidad, contradicción, promiscuidad e incoherencia de conceptos y

categorías que a la vez son inmutables, unívocos, leales, consistentes, coherentes.

- 4 El todo solo existe en la mente porque lo elabora una lógica de parte. Sin lógica partitiva no habría todo ni necesidad del todo. Sin esa necesidad, se marginaría la lógica jerárquica y dicotómica como eje organizador del pensamiento. Mediante el control metacognitivo de las matrices dicotómicas todos/partes, general/particular, se reduciría fractalmente el número de dicotomías secundarias y automáticas y, por tanto, su centralidad para construir conocimiento.
- 5 En más ocasiones de las que pensamos, una explicación solo puede ser formulada como pregunta y, en muchas otras, solo como contradicción.

Y, finalmente, la exhortación:

La sentencia inquietante y extrema de Gorbachov, “detener el progreso” invita a repensar nuestros roles personales y profesionales en el mundo contemporáneo. No restrinjamos, como el líder soviético, la amenaza del progreso a la energía nuclear, sino extendámosla – como hizo Walter Benjamin –, a cualquier modalidad de progreso que promueva el exterminio de la diferencia.

Cualquiera que sea su origen, lucro o planificación, se trata de un avance hacia atrás: mejorar hacia peor. El progreso, entonces, sería un concepto altamente contradictorio (podemos ser y no ser progresistas al mismo tiempo), que precisa urgente desclasificación.

Ya pasó el tiempo de crecer, de expandir, de competir, de explotar, de ocupar, de expropiar, de someter, al menos en el sentido colonizador que suele ser atribuido a esos conceptos. Estamos ante el dilema que nos aboca bien a una lenta destrucción simbólica de la diferencia, y la extinción cultural ya se encuentra en un punto irreversible, bien a diseñar y experimentar mundos más sensibles y diversos ligados a cierto campo semántico que abre el prefijo inicialmente negador des- (de-, ex-, dis-): deshacer, decrecer, desconcentrar, expropiar, deconstruir, desposeer, desburocratizar, desacelerar, distender, desobedecer, en suma, desclasificar.

Pasaron los tiempos de los actos de fe en procesos revolucionarios que acabaron en decepción, en dictaduras o falsas democracias. Ya no son tiempos de revolución sino de devolución.

Estamos ante la invitación indeclinable de una alarma “devolucionaria” que nos obliga a saldar con la naturaleza, con los pueblos, con las culturas diluidas, la deuda del expolio

**XVIII ENCONTRO NACIONAL DE PESQUISA EM CIÊNCIA DA INFORMAÇÃO – ENANCIB 2017
23 a 27 de outubro de 2017 – Marília – SP**

material y simbólico acumulado por clanes y siglos de imparable sustitución y saqueo.

Una injusta deuda, como la del pecado original, cuyo acreedor -esta vez terrenal- nos somete ya a las duras consecuencias del impago. Y quienes nos sucedan, debieran quedar exonerados.

La simple y modesta noción tojolabal de *xet'an*, pedazo, forjada en una antigua cultura nosótrica, nos ayuda a repensar la clasificación inventada y exportada por nuestra civilización implacable, un modo de pensar y conocer diseñado desde una lógica supremacista, disyuntora, patriarcal, codiciosa, neocolonial y racista. La misma vieja lógica reinventada y apoyada ahora por las tecnologías digitales, para diseminar totalitarismo, abuso, destrucción y, en lugar, de diferencia, indiferencia. La desclasificación podría hacer mucho para evitar tanto naufragio.

NOTAS

¹ Extracto y avance del libro: *En pedazos. El sentido de la clasificación*. Madrid: Visionnet, 2018.

² Salvo una especie de yo vivencial (-on) o agencial (j-), una subjetividad plural e intraducible literalmente pues pertenece a otra lógica enunciativa y compleja.